

esta práctica, escribió sus cartas con la idea de que algún día serían publicadas. De hecho, lo hizo con su diario antes de morir; también conocemos la correspondencia con la madre. Pero Madeleine quemó las cartas de amor de su amante marido que había emprendido un viaje con su nuevo amante adolescente. Y este fue el mayor dolor de Gide en su vida; no podía creer que esas cartas hubiesen desaparecido. En esa época no existían las fotocopadoras, no había duplicados, fue una pérdida irreparable. "En adelante nunca más encontré realmente gusto por la vida, o al menos sólo mucho más tarde..." (ibid.).

Lacan acentúa el hecho de que Madeleine aceptó ser solo el objeto idealizado del amor de su marido, y cree que ella podría haber suscitado lo que obtuvo Marc: "no está excluido que una vez hecha la elección de Madeleine en el lugar mortificado del ángel, si ella misma hubiera sido en ese momento capaz de restablecer los colores del sexo, el milagro de la tía se hubiera reproducido en su vida" (43, p.73-4).

Termino aquí la presentación de Gide, no porque no haya otras cuestiones de interés para subrayar en su caso, sino porque el tiempo de la clase no permite un desarrollo mayor. Si debiéramos diagnosticar a Gide clínicamente como perverso (lo cual no es seguro, Lacan no lo afirma, solo delimita la perversión y el fetichismo, que podrían igualmente existir en un sujeto neurótico), ubicaríamos la diferencia con la neurosis, no tanto en la intensidad y extensión de sus conductas perversas, sino en la sorprendente movilidad para la constitución de sus sucesivas elecciones objetales. Mientras para el neurótico el tipo de elección de objeto queda fijado al concluir el Edipo, en el inicio de la latencia, en su caso asistimos a profundas transformaciones de su posición infantil a partir del momento de la pubertad, que se suceden más allá de la madurez, mostrando una plasticidad de la que carece la fijeza libidinal del neurótico: una subjetividad que se va transformando a lo largo de la vida, de un modo tan o más efectivo que en un análisis.

8. LA ELABORACIÓN LACANIANA (II)

EL ESTABLECIMIENTO DE LA PERVERSIÓN COMO CATEGORÍA CLÍNICA

Neer - pasiones
Neur - pervers -

Desde la clase introductoria quedó planteada la hipótesis de que la enseñanza de Lacan proporciona fundamentos para erigir la perversión como una categoría clínica, junto con la neurosis y la psicosis y distinguiéndose de ellas. Para establecer esta tripartición clínica, Lacan sostiene haberla encontrado en los textos de Freud, razón por la cual las denomina "las estructuras freudianas" (Cf. 39). Es claro, sin embargo, que nunca Freud mencionó esta distribución de sus categorías clínicas; y esto, a pesar de la importancia que siempre otorgó a los sistemas nosológicos y las distinciones derivadas de ellos. Lo que Lacan ha privilegiado en su lectura de Freud para tal construcción, son dos oposiciones clínicas fundamentales y originales de la elaboración freudiana: la oposición neurosis-psicosis y la oposición neurosis-perversión. Como buen estructuralista, organiza el campo por oposiciones binarias; y el resultado así obtenido es conservado por él aun después de su renuncia al estructuralismo. En efecto, la última clínica de Lacan, expresada en su teoría del nudo borromeo, mantiene esas oposiciones.

De ellas, la oposición dominante es la primera. Resulta derivada de la afirmación o forclusión del nombre del padre, esto es, en términos de Freud, si se trata de la estructura del Edipo y sus vicisitudes, o bien de su ausencia. En este eje, la psicosis queda de un lado; neurosis y perversión, del otro. Para la oposición entre estas últimas, Lacan se remite a la fórmula de Freud de la neurosis como negativo de la perversión. Hemos visto en las clases anteriores de este seminario que el alcance de esta fórmula no es suficiente para constituir la perversión como categoría clínica autónoma en relación con la neurosis. En consecuencia, para dar este paso, Lacan deberá otorgarle un significado más amplio, que trasciende en mucho el uso y la finalidad con que Freud formuló su famosa analogía con el negativo y positivo de una fotografía. A lo largo de su enseñanza, Lacan realiza un

Esta concepción restringida de la sexualidad determina que Lacan utilice a veces el sentido psiquiátrico del término perversión. De este modo, en ocasiones afirma que la homosexualidad es una perversión, lo cual no debe hacer olvidar que, en su concepción, la heterosexualidad es también una perversión, en este caso en el sentido estructural freudiano. Como además, su trabajo consigue establecer la perversión como categoría clínica, en definitiva, hace un uso triple del término perversión.

Algunas fórmulas

En el tercer punto incluiremos algunas fórmulas lacanianas sobre la perversión como categoría clínica, es decir, su diferencia estructural con la neurosis y la psicosis. Lo haremos solamente con un fin introductorio; estas fórmulas serán animadas a medida que avancemos en la exposición. En primer lugar, la fórmula que remite a la función de la pregunta. La neurosis presenta una clínica de la pregunta, lo hemos visto en el tercer conjunto temático: la pregunta específica de la histeria y la de la obsesión. En la psicosis, también lo desarrollamos en su momento, aparece la respuesta antes de la pregunta; es decir, la psicosis se plantea para Lacan como una clínica de las respuestas. En el perverso, a diferencia del psicótico y del neurótico, hay una clínica de la demostración.

En segundo lugar, el eje del goce. En la neurosis se constituye un cuerpo vaciado de goce -son cuestiones desarrolladas en el conjunto introductorio-, el goce queda fuera del cuerpo, pero, también, fuera del Otro. En el caso de las psicosis, por el contrario, se presenta, o bien una invasión de goce en el cuerpo (que corresponde a la serie de la esquizofrenia, en la cual el surgimiento del goce asume un carácter intrusivo que desarregla el cuerpo), o bien la identificación del goce en el lugar del Otro (en la serie paranoica, donde el Otro está dominado por la voluntad de gozar del sujeto y de su cuerpo). En síntesis, para el psicótico el goce es un problema, ya sea en el cuerpo, o en el Otro. En el perverso, el goce está perdido, como en la neurosis, pero hay una voluntad de goce, la orientación hacia su recuperación. A diferencia del psicótico, en el neurótico y el perverso el goce está separado del cuerpo y separado del Otro; pero en el último su posición subjetiva está orientada a recuperar ese goce perdido y devolverlo al Otro. Después trabajaremos esto con más precisión, por ahora solo introduzco las fórmulas generales. Esta voluntad de recuperación caracteriza la posición subjetiva del perverso que dedica su acción a obtenerla. Lacan llega a usar un término que durante mucho tiempo me resultó enigmático;

por una parte, dice que el perverso es un creyente, hasta ahí las cosas se entienden, pero más adelante agrega que es un cruzado. ¿Qué quiere decir que un perverso es un cruzado y no solamente un creyente? Es algo que forma parte de esta constelación conceptual sobre la recuperación del goce y las diferencias con las otras estructuras. Solo planteo las fórmulas, por ahora no las desarrollo.

En tercer término, la fórmula sobre la debilidad del sexo masculino en relación con la perversión. Neurosis, psicosis, perversión, son estructuras subjetivas. Hombre y mujer, también. En el entrecruzamiento entre ambas se producen diferencias. No es igual, por ejemplo, la aptitud para la histeria en la mujer y en el hombre. Por razones de estructura, el carácter del falo simbólico, es una cita de *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*, "explica tanto las particularidades del abordamiento de la sexualidad por la mujer, como lo que hace del sexo masculino el sexo débil respecto de la perversión"

En cuarto lugar, la función del fantasma en la neurosis y la perversión. En la primera, el fantasma cumple la función de sostener el deseo. En la perversión,

"en la medida en que apenas acentúa la función del deseo en el hombre [...] solo nuestra fórmula del fantasma permite hacer aparecer que el sujeto aquí se hace instrumento del goce del Otro",

fórmula del texto recién mencionado y de su *Seminario 14, La lógica del fantasma*. En este caso, resulta importante identificar esas referencias porque, plantear las cosas de esta manera: función del fantasma: sostener el deseo en el caso de la neurosis, voluntad de goce en el caso de la perversión, es casi como tomar una fotografía en un proceso continuamente cambiante, un corte transversal en la enseñanza de Lacan: Lo cierto es que nunca plantea esta oposición de la misma manera, ha buscado numerosos caminos para definir esta diferencia entre neurosis y perversión y no siempre lo hace así. Muchas veces, en lugar de oponer deseo y goce, opone el deseo en el neurótico y el deseo en el perverso. Antes de forjar la fórmula de que el perverso se hace instrumento del goce del Otro, y de plasmar la noción de goce, como disponía solamente del concepto de deseo, la dialéctica del deseo, establecía la diferenciación neurosis y perversión en esos términos. Por eso aquella fórmula tomó inicialmente la forma de que el perverso se hace instrumento del deseo del Otro.

Finalmente, la oposición entre estructuras clínicas puede formularse también en relación con el saber, el neurótico no sabe, duda, sobre todo el obsesivo; en la psicosis es el Otro el que sabe, muchas veces no sabe qué

sabe, pero sabe que sabe. El perverso, él sabe. Sabe de la castración del otro, de sus carencias, y sabe también cuáles son los objetos y los recursos necesarios para repararla, para colmarla.

Las perversiones transitorias

Cuarto punto. A los diversos sentidos del término perversión enunciados más arriba, hay que agregar un concepto, específico de la clínica lacaniana, designado como perversión transitoria. Las perversiones transitorias tienen todas las características de una perversión; son actos perversos, de duración muy variable, puede ser algo instantáneo, o prolongarse por años. El concepto no se define por su duración. La perversión no está en el neurótico solamente como el revés de su síntoma, como el goce de su síntoma, que siempre es el goce de una pulsión parcial, perversa. O en las fantasías que lo componen. Hay actos perversos en un neurótico. Algunos de ellos constituyen respuestas a situaciones particulares; de allí que se disuelvan al desaparecer estas, o al resolverse el conflicto con el que se articulan. Constituyen un caso particular del concepto de *acting*. Por eso Lacan las califica como transitorias. Hay que tener en cuenta que una perversión tiene su diacronía, al igual que una neurosis y una psicosis. Hay momentos en que el sujeto responde con ciertas elecciones que definen el curso de una vida. Hay un atravesamiento del fantasma también en la perversión. Pero hay que distinguir el desarrollo del sujeto en una estructura perversa, de una perversión transitoria en el curso de la evolución de una neurosis. Gran parte de las perversiones que un psicoanalista encuentra en su práctica profesional corresponden a esta categoría. En general, los psicoanalistas se han confundido, creyendo que se trata de perversos y en realidad son neuróticos. De allí la importancia de esta categoría clínica lacaniana. Lo que resulta decisivo es el hecho de que, muchas veces, estas perversiones transitorias son producto de un tratamiento psicoanalítico. Cuando un análisis está mal conducido puede provocar este tipo de *actings*, categoría más general dentro de la cual se incluyen estas perversiones transitorias. Se trata de respuestas a un defecto en la posición del analista, sobre todo, a interpretaciones incorrectas. Interpretaciones incorrectas en el sentido lacaniano (no un error en el contenido de la interpretación): o bien el analista interpretó en el momento en que no debía hacerlo, o intervino degradando el registro en que debe sostenerse la interpretación del analista. Por ejemplo, cuando hace interpretaciones en el plano de la realidad, como la paciente que vimos en el ateneo de la semana pasada, a quien su analista le

perversión
celo. no hay acto - se es en el fantasma
implica que el clínic no está en estudio

decía que no era cierto lo que ella creía tener en el cuerpo, ya que todos los análisis médicos habían mostrado que "no tenía nada": es una intervención que apela a un criterio de la realidad. A este tipo de interpretación el analizante suele responder con un *acting*, que eventualmente puede ser una perversión transitoria, un acto perverso en el curso del análisis de un neurótico.

Entre los ejemplos examinados por Lacan el más conocido es un caso de Ruth Lebovici, un paciente fóbico que hace una perversión voyeurista: se dedica a ir a los baños de una confitería, un lugar donde podía espiar a las mujeres cuando orinaban. El momento crucial de la escena perversa era ver orinar a una mujer. El examen de Lacan de esta perversión transitoria es muy interesante, pueden encontrarlo en un escrito, *La dirección de la cura y los principios de su poder*, o en el *Seminario 4*. Allí hay otros ejemplos, se menciona un caso de exhibicionismo de un sujeto que iba a un lugar donde pasaban los trenes y mostraba sus genitales. Lacan pone en relación esta perversión transitoria con el hecho de que este adolescente, que tenía dificultades para acceder a las relaciones sexuales, había sido inducido de manera forzada en el curso de su análisis a tener esas relaciones. Interpreta entonces este *acting* en relación con la dirección de la cura y la intervención errónea de su analista.

La fobia y la perversión

En el quinto punto comentaremos algo más sobre la primera teoría de la perversión en Lacan. El Seminario 4, dedicado fundamentalmente a la perversión y la fobia, se construye en gran parte por medio de la comparación de esas dos categorías clínicas. Lacan sostiene que los psicoanalistas han confundido el objeto fóbico con el objeto fétiche, e intenta esclarecer sus diferencias. Es un modo de comenzar a elaborar la oposición entre neurosis y perversión, ya que considera que la fobia es la más radical de las neurosis, aquella que representa el núcleo de la estructura neurótica de una manera paradigmática en su diferenciación de la perversión. Por otra parte, en esa época el fetichismo es el paradigma de las perversiones. De este modo, oponer fobia y fetichismo es el comienzo de la distinción neurosis-perversión, como anverso y reverso. ¿Por qué la fobia es la más radical de las neurosis? La cuestión está planteada alrededor de la aceptación o rechazo de la castración materna. Ambas estructuras implican una aceptación y un rechazo de ella, aunque de maneras completamente diferentes. La última página de los *Escritos* se cierra sobre esta cuestión que

determina la

lejos de
 "división del sujeto. Ese punto es un nudo. Recordemos dónde lo desanuda Freud: en esa falta de pene en la madre donde se revela la naturaleza del falo. El sujeto se divide aquí, nos dice Freud, para con la realidad, viendo a la vez abrirse en ella el abismo contra el cual se amurallará con una fobia, y por otra parte recubriéndolo con esa superficie donde erigirá el fetiche, es decir, la existencia del pene como mantenida, aunque desplazada."

Ante la experiencia de la castración materna, el fóbico se defiende con su síntoma, el fetichista, en cambio, con el suyo, reniega de ella. El neurótico está en posición de angustia frente a la castración del Otro, el fetichista supera su horror con un modo de negación del que obtiene un goce.

Encontramos así una primera teoría de la perversión en Lacan, teoría próxima a los desarrollos freudianos sobre Leonardo y el fetichismo. Es decir, los conceptos freudianos de madre fálica, falo de la madre, identificación con la madre, y también, concepto que no está en Freud, identificación con el falo de la madre. Contempla la posibilidad de una oscilación: alternativamente el perverso se identifica con la madre portadora de un pene (por ejemplo, un travestista, se viste de mujer y bajo su ropa está el órgano fálico) o con el falo de la madre.

Como vimos, el primer tiempo del Edipo normal está caracterizado por la posición en que el niño se identifica con el objeto del deseo de la madre, con el falo imaginario que le falta a la madre¹. Esta falta implica que es una madre deseante, hay un reconocimiento de la falta en el Otro, y un registro del deseo del Otro. La posición del niño es intentar proveer al Otro algo que lo colme.

Esta posición se traduce en una etapa del desarrollo en que el niño se complace en ese juego perverso imaginario con la madre, que es el mismo que después, a partir de un determinado momento, lo angustiará. Pero en la etapa anterior, él disfruta de esto. Lacan lo señala muy bien en el caso de Juanito, no siempre le tuvo miedo a los caballos, tampoco la madre le resultaba angustiante. Es la pregunta por el desencadenamiento de la fobia: qué ocurre para que aquello que le proporcionaba tanto placer al niño: participar en los juegos en que se siente identificado con el objeto del deseo de la madre, a partir de un determinado momento comienza a angustiarlo.

¹ Para un comentario de los tiempos del Edipo puede consultarse mi artículo "Las antinomias de la función paterna". En *Cirujía del cuerpo y del alma (La neurosis de Freud a Lacan)*, Berggasse 19, Buenos Aires, 2003, p. 355-408.

El surgimiento de la angustia señala que comienza a hacerse efectivo el segundo tiempo del Edipo que establece la prohibición de esta identificación con el falo de la madre. Esta comienza a quedar ubicada como una figura que encierra, que puede tragar o, con la expresión oral de la fobia de Juanito, el caballo que muerde. Este no responde solamente a la interpretación freudiana del caballo por el padre, el caballo que muerde es también la imagen matema fálica, en la cual el niño, por la identificación con su falo, no es más que una parte de la madre y no puede escapar del hábitat materno. En relación con esta situación, la prohibición paterna aparece como saludable y, hasta cierto punto, como salvadora. Lacan interpreta que la formación del síntoma fóbico constituye la sustitución de una función paterna mal cumplida.

Es decir, la fobia de Juanito está presentada en el *Seminario 4* como un sustituto del padre. No es un padre ausente, como el padre de Leonardo; el padre de Juanito se ocupa mucho del chico, es quien lo llevó al análisis, y quien lo analizó, porque, en realidad el análisis de Juanito fue hecho a través del padre. Un padre, entonces, muy presente, que se ocupaba de él pero no cumplía con su función paterna: ocuparse de la madre, no del niño, de la satisfacción de la madre, para que no moleste tanto al niño. El síntoma fóbico, como suplencia de la función paterna fallida en lo real, no implica que no haya significante del nombre del padre en lo simbólico, y constituye el dispositivo de viraje de la posición perversa del primer tiempo del Edipo, a la neurótica. Cuando Lacan más tarde, en el *Seminario 16*, usa la fórmula de la fobia como placa giratoria entre perversión y neurosis, es el mismo concepto usado en el *Seminario 4*, aunque sin el término placa giratoria.

La carencia en el cumplimiento de la función del segundo tiempo determina una fijación en la identificación del primero y constituye el principio de las perversiones. De todos modos, lo que intento mostrar es que, aunque Lacan demore mucho en formular la posición del sujeto perverso identificado en el lugar del objeto, como lo hace en el Seminario 16, sin embargo, no constituye una novedad, no es más que una elaboración más precisa de algo que ya está desde el comienzo de este Seminario 4. En este primer momento no está planteado en términos de goce, sino de deseo, pero ya Lacan define la posición perversa como identificación con el falo, que colma una falta en el Otro. Esta dialéctica es un movimiento que tiene por meta colmar esa falta. Esto quiere decir que se ha producido el registro de un Otro deseante, la percatación de una carencia en el Otro. Podemos conectar esto con el concepto de fetiche de Freud, el cual, por una parte constituye la negación de la castración de la madre, pero es también la expresión del registro de la castración. Este doble movimiento que Freud

incluye en el concepto de fetiche, en Lacan está retomado como una manera de recuperar y reparar esta carencia en el Otro.

La función del fantasma

En el sexto punto ampliaremos el comentario sobre la función del fantasma para la distinción entre neurosis y perversión: el deseo, en el caso del neurótico; el goce, del lado del perverso. ¿Qué quiere decir que el neurótico acentúa la función del fantasma como soporte del deseo? Otorga al fantasma el papel de sostener su deseo desfalleciente. El neurótico no es un sujeto que disponga de un deseo fuerte o decidido. Definimos las variedades de neurosis por el modo de sostener el deseo: por la imposibilidad, en la obsesión; por la insatisfacción, que es el modo histérico, por la prevención, que es el recurso fóbico. Si resulta necesario acentuar esos rasgos, es porque el neurótico no es un hombre de deseo, tiene un deseo débil; el neurótico es más bien cobarde, hay una insuficiencia en este punto. Entonces, para sostenerse a nivel del deseo tiene que acentuar algo que en definitiva no es sino una característica estructural del deseo, su insatisfacción, su imposibilidad, y para ello se sostiene también en su fantasma, para darle alguna consistencia al deseo que en el neurótico no conduce al acto; el cumplimiento del deseo, en su caso, es ilusorio: alucinatorio en el sueño, o fantaseado en otras formaciones del inconsciente; es decir, sostenido en el fantasma. Mientras que el acto, verdadero cumplimiento del deseo, resulta evadido por el neurótico.

En el Seminario 14, *La lógica del fantasma*, Lacan presenta al perverso en relación con el acto. El perverso sabe que la relación sexual no existe, que no hay goce sexual, que el goce sexual es asexual, y sabe cómo obtenerlo:

"El fin del discurso de hoy es permitimos indicar en qué los actos que se ponen legítimamente en el registro de la perversión conciernen al acto sexual. Y para decirlo de inmediato, por el hecho de que la instauración del valor de goce a partir de la negativación de un cierto órgano, no hace sino aparecer - y esto es lo que mostraría fundamentalmente la perversión- no hace sino aparecer mejor el carácter perfectamente contingente, casi accesorio de ese órgano que asegura la función copulante por la oferta de un placer".

De ese órgano, decisivo para el acto sexual, entendido en su versión copulante, el perverso pondría en evidencia su carácter accesorio. De allí

que el perverso articula el fantasma en relación con el goce del acto sexual, pero justamente refutando este acto.

En este mismo seminario Lacan formula que el perverso es un demostrador: sabe y demuestra. ¿Qué sabe y qué demuestra?: que la complementariedad hombre - mujer no existe, y que por lo tanto debe ser sustituida por otros recursos de producción de goce. El perverso muestra que no existe una relación complementaria entre hombre y mujer, que las estructuras subjetivas masculina y femenina no se pueden definir en una relación de complementariedad y reciprocidad. Poniendo el acento no en la interrogación sino en la demostración, hace evidente que esa complementariedad que no existe es sustituida por otras oposiciones, por otros tipos de complementariedades. No tenemos tiempo de traer las citas de los textos freudianos, remítanse a las referencias de Freud de que no existe en el inconsciente la oposición masculino-femenino-, y cómo el inconsciente representa esta oposición a partir de otras oposiciones: activo-pasivo, etc. El perverso demostraría cuáles son las oposiciones que se vienen a poner en el lugar de esta complementariedad de los sexos que no existe. En el caso de las perversiones que responden al modelo de Leonardo, que vimos en la clase antepasada, se sustituye por la complementariedad entre la madre y el hijo. El sujeto se identifica con la madre, y desde allí elige objetos que lo representan a él niño. Otra forma de complementariedad que la perversión muestra tomando el lugar de la relación hombre-mujer, es la relación entre el objeto y el Otro, el objeto (a) y el Otro; demuestra que se sustituye la relación entre hombre y mujer por la dupla objeto-Otro. En esta vertiente nos ubicamos en un segundo grupo de perversiones, las que Freud denominó pares de opuestos. Es algo que Lacan mostrará de muchas maneras, cómo el fantasma cumple la función de ubicar al objeto en su relación con el Otro.

Otra cuestión fundamental, es la creencia del perverso en el goce del Otro. Sabe no solo que ha sido vaciado de goce, sino que no hay seguridad de que ese goce exista. Y aun en ese caso, no hay manera de comprobarlo o de acceder a él. El psicótico tiene una certeza en este punto. Pero en la neurosis y la perversión, el goce del Otro, y del cuerpo del otro, permanecen inciertos. Lacan dice: ese goce queda en suspenso. El perverso, no obstante, tiene fe, cree en su existencia y en la posibilidad de recuperarlo, y se entrega a ese propósito.

"En el acto sexual hay para cada uno de los partners, cualquiera que fuese (es decir, vale tanto para los hombres como para las mujeres), un goce que queda en suspenso, aquel del Otro, y no hay

entrecruzamientos. Ese quiasma, que haría de cada uno de los cuerpos la metáfora del goce del cuerpo del otro, queda en suspenso, de manera que no podemos ver allí nada más que un desplazamiento que pone un goce en dependencia del cuerpo del otro..."

La pregunta que subsiste es: ¿el otro -el otro cuerpo- goza? Su respuesta queda en suspenso; si la hubiera, si fuera posible acceder a la experiencia de que el otro cuerpo goza, entonces, podría decirse que en el acto sexual cada cuerpo es la metáfora del goce del cuerpo del otro. Pero este goce queda en suspenso.

En consecuencia, a pesar de la fe del perverso, ese goce permanece fantasmático; insistamos en que el acto perverso es una escenificación: por más que el deseo se orienta hacia el acto asumiendo la forma de voluntad de goce, es un goce del fantasma. Aunque en el acto perverso hay un goce diferente que en el síntoma neurótico, en ambos predomina una satisfacción fantasmática. Se trata del momento en que Lacan trabaja la distinción neurosis y perversión oponiendo la función del fantasma: el deseo en un caso, el goce en el otro; y en relación con la pregunta: el síntoma neurótico es una pregunta mientras que el perverso en su acto es un demostrador, no un interrogador.

El otro y el Otro

Para avanzar en la oposición neurosis - perversión tal como la trabaja Lacan, conviene que nos detengamos ahora en las relaciones con el otro y, perfilándose más allá de él, con el Otro. Es nuestro séptimo punto. Porque, en definitiva, Lacan busca el rasgo diferencial de la perversión con la neurosis en el tipo de relación con el otro, y esto vale tanto en el nivel del deseo como del goce. Y en esto, la trayectoria de su elaboración no presenta cambios: en un momento lo podrá plantear en términos de deseo, en otro momento en términos de goce, en algún momento como identificación con el falo, en otro, identificación con el objeto a; se presentan variaciones en función de los problemas que trabaja y los conceptos que construye en cada momento. Pero hay una invariante: el neurótico siempre se defiende del Otro, se lo plantea en términos del deseo o del goce del Otro, está en una posición de resistencia al Otro, al deseo del Otro, o al goce del Otro. En el perverso, su posición subjetiva no es la de obstáculo o de resistencia al deseo, del otro, por el contrario, lo registra, se pone en contacto con ese deseo, y lo manipula para conducirlo a su cumplimiento, aunque con ciertas

condiciones. Es la tesis del perverso "instrumento de". En definitiva, se trata de ser instrumento del otro, ya sea de su deseo o de su goce. Pero, sobre todo, la perversión es una estructura subjetiva en que se requiere la presencia y la intervención de otro. Se pueden plantear muchas cosas en el neurótico respecto de la relación con su pareja, pero en definitiva el goce neurótico conserva una fuerte composición autoerótica y masturbatoria; no se requiere de un otro real para desplegar sus conflictos, con el fantasma basta. Nada podría plantearse sobre el perverso, y en especial sobre su acto, sin la presencia de un partner real, por medio del cual se cumple la relación con el Otro.

A la altura del *Seminario 12* se encuentran definiciones de la perversión tales como que el perverso se interesa en el deseo del Otro, se ofrece al deseo del otro, más todavía, dice Lacan, es víctima del deseo del otro. Más tarde se centrará en la relación con el goce, pero en este seminario Lacan lo explora a nivel del deseo, e incluso usa términos tales como pura víctima, puro holocausto, dice: el perverso es pura víctima del deseo del Otro, es holocausto del deseo del Otro. Se ve, entonces, que esta concepción del sujeto haciéndose instrumento del Otro no ha sido forjada por Lacan en relación con el concepto de goce, vale también para el registro del deseo.

El deseo es una defensa en relación con el goce, puede funcionar como obstáculo, como barrera al goce. Pero cuando se dice que el deseo del neurótico es una defensa, también significa que es una defensa contra el deseo del Otro. Cuando el neurótico acentúa su propio deseo como imposibilidad o como insatisfacción, es un modo de negarse a servir al deseo del Otro. Esto está muy claro en el final del escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo*, planteado en términos de castración y goce: el neurótico no rechaza su castración, se niega a ponerla al servicio del goce del Otro. El deseo del Otro para el neurótico siempre funciona como un peligro. Podemos insertar en este punto la teoría de la angustia de Freud: la angustia como reacción ante un peligro. El deseo del otro funciona para el neurótico como un peligro; de allí proviene la definición lacaniana de la angustia como la manifestación del deseo del Otro: es una definición de la angustia en la neurosis. La fobia está ubicada por Lacan surgiendo en ese punto: cuando el sujeto está sin recursos frente al deseo del Otro, la angustia es una primera respuesta que ya implica un comienzo de defensa contra este deseo. La constitución del objeto fóbico prolonga y da consistencia a esa defensa. La solución fóbica no es la única, sabemos que están la solución histérica y la obsesiva, pero tienen siempre esta finalidad: sostener el deseo del sujeto delante del deseo del Otro, no ser tragado (fantasmáticamente) por el deseo del Otro. Sin embargo, la verdadera naturaleza del deseo es ser el deseo del

Otro.

A diferencia del neurótico, el perverso registra muy bien el deseo del Otro, su carencia, su falta, pero eso no lo angustia, al contrario, usa la angustia para ponerla al servicio del goce del otro y del deseo del otro. La distinción fundamental es sujeto - otro, no deseo - goce. En la neurosis predomina la defensa y la negación, el neurótico se defiende del deseo del otro, del goce del otro, se niega a servir a ese deseo y ese goce. El perverso, por el contrario, se ofrece como instrumento del otro, de su deseo, es su vocación. En los términos de la última enseñanza de Lacan, se hace objeto para servir mejor como instrumento al goce del Otro, toma esto casi como una causa religiosa, es un fanático el perverso. Por cierto, no dice fanático, dice cruzado, ¿por qué?

Para plantear esto de una manera más precisa, debemos ocuparnos de las cuatro modalidades de perversión que se pueden distinguir en función de las formas del objeto (a): oral, anal, y los que agrega Lacan, mirada y voz. Esta variedad de formas del objeto se ordena según la distinción entre demanda y deseo del Otro: el objeto oral es el que el sujeto demanda al Otro, el objeto anal es el que el Otro demanda al sujeto. Esta es la relectura de los objetos de las pulsiones parciales de Freud. En relación, no con la demanda sino con el deseo, tenemos el objeto mirada y el objeto voz. En el neurótico, predomina la demanda sobre el deseo y, en consecuencia, los objetos oral y anal. En cambio, en el perverso hay un predominio de los objetos mirada y voz. En relación con la mirada, el exhibicionismo y el voyeurismo; en relación con la voz, el sadismo y el masoquismo. Intentemos ahora aplicar a cada una de estas modalidades, o variedades de la perversión, las fórmulas y los conceptos que hemos venido desarrollando.

El exhibicionismo y el voyeurismo

En nuestro octavo punto nos preguntaremos ¿qué es hacerse instrumento del goce del Otro en el caso del exhibicionismo? Al plantear las cosas en términos del objeto (a), y no de falo, el Otro se presenta como desierto de goce, vaciado de goce; es decir, el objeto queda fuera del Otro, el cual no dispone de ese objeto. Que el perverso se hace instrumento del goce del Otro implica que se dedica a devolver ese objeto al Otro. En el *Seminario 16, De un Otro al otro*, Lacan trabaja con mayor precisión la relación entre objeto (a) y Otro. Si bien el Otro no dispone de este objeto, es este objeto, como una especie de horma, el que da la estructura del Otro. Por eso, dice Lacan; cuando el perverso intenta devolver este objeto al Otro es como si se

guiara por la consigna "dad al César lo que es del César", es decir, devolverle lo que le corresponde, si el Otro está vaciado de goce, devolverle el objeto (a) como plus de goce.

Para mostrar cómo funciona esto en la perversión exhibicionista hay que ser Lacan. Implica una perspectiva sumamente original entender, describir y plantear la estructura de un acto exhibicionista según el enfoque de Lacan. Nada que ver con lo que desde el sentido común se entiende habitualmente por estas cosas. Utilizar los conceptos lacanianos implica necesariamente prescindir del sentido común. Ante todo, de la idea de que el perverso no tiene en cuenta al otro. Retomaremos esto. Pero, en cuanto al acto exhibicionista mismo, habitualmente se cree que lo central en él es mostrar algo; de allí que se ponga el acento en lo mostrado, y así surge la cuestión sobre lo que el sujeto muestra. El acto típico del exhibicionista es del hombre que supuestamente muestra su pene, erecto o no, ¿a quién?, por lo general alguien del sexo femenino, con preferencia, alguien joven, adolescente o niña, alguien de quien se tiene la idea de que eso la sorprendería, o la impactaría de algún modo, la escandalizaría. Pero no siempre es así. Lacan señala que, muchas veces, actos exhibicionistas de ese tipo se hacen ante un tabernáculo, en el altar; es decir, hay perversos que despliegan su acto, no en relación con una mujer, sino con Dios. Por otra parte, Lacan pone el acento en que, para entender la estructura del acto exhibicionista, no debe tomarse como crucial lo que se muestra, el falo en este caso, sino ubicarse en el nivel de la relación con el Otro, que es la cuestión esencial.

De esta manera, critica mucho las descripciones de la perversión cuando se insiste en que el perverso no toma en cuenta al otro. Estas fórmulas del sentido común nos impiden analizar la estructura del acto exhibicionista, hay que entender que es al revés: al perverso lo que le interesa es fundamentalmente el otro; no es que no lo tenga en cuenta, por el contrario, todo su acto está en relación con el otro, y a través de él, con el Otro. Es decisivo en el acto perverso que el otro sea conmovido. A su vez, cuando se pone el acento en lo mostrado, se descuida el goce. El éxito del acto perverso, el goce, la satisfacción, ¿cuándo es más plena?, ¿el perverso quedaría contento solo con mostrarse? De ningún modo, esto es lo que subraya Lacan con su clínica tan precisa. El perverso solo se satisface cuando tiene alguna señal de que el otro ha sido alcanzado por su acto, que el otro de alguna manera se ha conmovido, le ha producido algún efecto. Aunque este efecto sea de rechazo, de displacer, el perverso sabe que el verdadero deseo y el goce están más allá del principio del placer. El perverso apunta al deseo y al goce del Otro aun contra el placer y el goce del otro. No

se dirige a la conciencia del sujeto, a su yo, apunta más allá.

Busca su complicidad. El acto perverso apunta al deseo inconsciente del otro, que está más allá del principio del placer, y, obviamente, está en ruptura con el discurso consciente; lo que le importa al perverso no son las creencias conscientes del otro, busca su complicidad en el nivel donde el otro está interesado en su deseo y en su goce, aunque no lo sepa: aunque el otro no lo sepa, el perverso lo sabe. Solamente hay satisfacción en el acto perverso exhibicionista cuando se encuentra esta señal de que el otro ha sido implicado y encontrado en ese deseo, o en el goce cómplice. ¿Cuál es esta señal en el caso del acto exhibicionista?: una mirada. Es decir, cuando la víctima responde al acto exhibicionista, si ha sido alcanzada en su goce, aparece en algún momento esa mirada de curiosidad, esa mirada de interés, aun en medio del rechazo, o aun del horror, hay algo con lo que el otro se hace cómplice de ese acto, se hace cómplice en su deseo, en su goce. Solo llegado a ese punto queda cumplido el acto perverso exhibicionista, de lo contrario, el acto queda frustrado. Esto se traduce en la satisfacción del sujeto; es decir, no hay satisfacción en el perverso a menos que tenga estos signos de la satisfacción del otro. Esto vale para todas las variedades de perversiones, el sadismo y el masoquismo, incluidos. Vimos en Krafft-Ebing que los masoquistas en sus fantasías, pero también cuando llevan a escena sus actos masoquistas, necesitan que el otro de signos de disfrutar con esas prácticas; el sujeto tiene que percibir de alguna manera que estos signos son verdaderos, que no sean meramente una simulación y, como en última instancia el masoquismo es un teatro, es fantasmático, si es una simulación, tiene que ser una simulación bien hecha.

Entonces, importa la respuesta del otro, la respuesta cómplice del otro, y en el exhibicionismo eso tiene que ver con una mirada, una mirada que coincide, que aparece en el lugar del otro, con minúscula, es en el lugar de la víctima donde aparece esta mirada como objeto (a) que colma la carencia del Otro. ¿Pero cómo se sabe que lo que importa en la perversión es el Otro con mayúscula y no solamente el otro semejante que funciona como víctima del acto? Para esto, Lacan delimita algo que es decisivo: no hay acto exhibicionista que no se ponga en juego en un lugar público; ese mismo acto, hecho en la intimidad, ya no es un acto perverso o exhibicionista. Podemos llamarlo exhibicionismo, si queremos, en un sentido muy general, con la condición de que sepamos que se trata de otra cosa, falta ese rasgo esencial en la estructura del acto perverso. Podemos hablar de exhibicionismo en un sentido amplio, incluso como recurso para el goce del otro, si lo ejercé como acción preliminar, o no preliminar, en la relación sexual; en ese caso es simplemente goce de ver, de mirar, no es un acto

perverso. Un verdadero acto perverso exhibicionista solo es tal cuando ocurre en la vía pública, es decir, en la calle, en una plaza, o en una iglesia, como veíamos recién. Lacan toma esto como la presencia del Otro. Aun cuando el objeto mirada aparezca en el otro con minúscula, que se trata del Otro con mayúscula, en el acto exhibicionista está indicado por el lugar público, calle, iglesia u otro. Cuando se trata del exhibicionista del tabernáculo, allí es más claro, porque en ese caso el sujeto se dirige de manera directa al Otro con mayúscula, sin intermediario, porque allí en el tabernáculo está dios, no un otro minúscula, nadie con figura de cuerpo visible que constituya un semejante. En síntesis, un acto perverso exhibicionista no ocurre nunca en privado, sino en un lugar público; la referencia necesaria a un contexto simbólico implica la presencia del Otro, el cual forma parte del acto.

Finalmente, abordemos la cuestión de lo que debe ser mostrado. No debe ponerse allí el acento, lo esencial de la estructura del acto exhibicionista, dijimos, no está en lo que se muestra. Pero algo se muestra, ¿qué es lo mostrado?, ¿es algo? En lo esencial, es nada. Lacan lo llama lo percibido en lo desapercibido. En el nivel de lo mostrado en el acto exhibicionista surge la hendidura como tal, eso es lo esencial. Y esto es así, efectivamente. Como en otros fenómenos analizados por Lacan, en el acto de exhibicionismo coinciden los fenómenos y la estructura. Es verdad, es así, no lo inventó Lacan, pero él sabe reconocerlo. Hay realmente coincidencia de la fenomenología con los rasgos de estructura. En el nivel de la fenomenología, ¿qué encontramos? No se trata nunca de una mostración prolongada, es una acción rápida, siempre el acto exhibicionista tiene que ver con algo que se abre y se cierra: una bragueta, un impermeable que se abre y se cierra. Entonces, lo que importa es la hendidura, dice Lacan; y cuando se le pregunta a la víctima de un ataque exhibicionista qué es lo que vio, ocurre que habitualmente no ha visto nada, la hendidura se abrió y cerró tan rápido que, por lo general, no se ve nada, o mejor, ve nada. Eso no impide que de todas maneras se horrorice, por lo contrario, y así el acto perverso llega a su culminación.

Ahora bien, si la mirada representa el objeto, la siguiente pregunta que hay que formular es ¿qué representa al sujeto? Si un acto perverso está organizado por la estructura del fantasma, tenemos el objeto de un lado, y del otro, el sujeto barrado, la tachadura, representado por la hendidura. El fantasma se define, según Lacan, como el sujeto en *fading* ante el objeto, en eclipse: el sujeto desvaneciéndose ante del objeto. El sujeto, estructuralmente, se reduce a una escisión. Esta estructura del fantasma aparece claramente en los rasgos del acto perverso exhibicionista: por un

lado, una hendidura, por el otro, el objeto mirada. Por eso Lacan sostiene que la estructura del fantasma puede apreciarse fenomenológicamente en el acto perverso, y solamente en él, no hay otro lugar donde aparezca la estructura del fantasma como sujeto dividido delante del objeto en el registro del fenómeno como ocurre en el acto perverso, del cual el exhibicionismo es un caso particular.

¿Cómo se presenta esto en el voyeurismo?, ya que a Lacan le importa mostrar que la estructura es la misma. ¿Dónde se encuentra la hendidura en el acto del voyeur? En el hecho de que el voyeur siempre mira desde un lugar escondido, o sea, a través de una rendija, de un postigo, de algún agujero, o de una cerradura; desde algún lugar, espía. Su mirar no es un simple mirar, es espiar. La hendidura que representa al sujeto en la estructura del fantasma se encuentra también en el acto del voyeur. Resulta más difícil demostrar cómo aparece el objeto mirada en el caso del voyeurismo. Lacan lo muestra a través de la fantasía: por más que el otro no sepa que lo están mirando, para el voyeur actúa como si se ofreciera a una mirada, y ese rasgo forma parte del acto voyeurista, la vivencia del perverso es que el otro está sintiendo que lo miran.

En relación con esto Lacan alude a una obra de Anatole France, *La rebelión de los ángeles*. Gira alrededor de un ángel que se hace hombre y todas las inconveniencias que acaecen por haber cambiado de estado. Lo que le interesa a Lacan señalar con esta cuestión de los ángeles -que por otro lado, últimamente, se han puesto de moda, hay gente que cree en los ángeles y hacen cursos alrededor de esto- lo que importa en esta idea del ángel, sobre todo del ángel de la guarda, es la idea de que hay alguien que a uno lo está mirando, que está al lado vigilando y sabiendo lo que se hace. Lacan acude a esta idea del ángel de la guarda para mostrar cómo existe fantasmáticamente lo que él llama un ojo invisible: el ángel de la guarda es una especie de ojo invisible, la virtualidad de un ojo incaptable pero siempre imaginable, sostiene; la vivencia del voyeur, aunque él no esté en el escenario del acto, y aunque su víctima no sepa que se la está mirando, lo conduce a interpretar en sus gestos ese propósito, la satisfacción de ofrecerse a la mirada. En la imaginación del voyeur, la víctima de algún modo lo tiene presente, y traiciona en sus gestos el goce de ofrecerse a la mirada de ese ojo incaptable pero siempre imaginable. Esto forma parte de la satisfacción del voyeur: aun en la ignorancia o la inocencia, la víctima se presta a la función del espectáculo. En conclusión, en el acto del voyeur encontramos también el objeto mirada, aunque no sé si he podido reproducir ante ustedes con verosimilitud la argumentación que construye Lacan para delimitar las características que ofrece el acto perverso, exitoso o no, logrado o no, que

muestran en el acto del voyeur también la estructura del fantasma: por una parte, el objeto que se le devuelve al otro y la hendidura que representa al sujeto.

El reverso de la escena perversa

Utilizaré el noveno punto para subrayar la idea de Lacan de que no se trata de una oposición, sino que el exhibicionismo y el voyeurismo son más bien paralelos, no contrarios. Esas dos posiciones son estrictamente paralelas: en ambos casos el sujeto se encuentra frente al objeto del fantasma en la denominada hendidura, la hendidura, a veces es difícil traducir todas estas cosas, el agujero, un relámpago, una hendidura, algo que en lo real es a la vez agujero y relámpago, en la medida en que el voyeur siga atrás de la hendidura, y mientras el exhibicionista entreabre su ventana, lo que se delimita es el relámpago del objeto, vivido y percibido por el sujeto en esa abertura. Abertura a un deseo que no es el suyo, el deseo del Otro. La emoción del otro más allá de su pudor, la emoción del otro, el pudor del otro, a minúscula, ese otro semejante, es la abertura al Otro, con mayúscula.

Para ubicar lo opuesto a estas dos variedades paralelas, Lacan considera que el reverso de esa estructura es el fantasma de la escena primaria, que es una escena traumática. Recuerden el sueño del Hombre de los lobos: se inicia con una ventana que se abre, interpretada por Freud como los ojos del sujeto que se abren y perciben algo que tiene un valor traumático, relacionado con el deseo del otro, lo entrevisto que permanece de todas maneras enigmático, hasta que el fantasma de ese momento traumático sea reintegrado a la historia del sujeto. El fantasma de la escena primaria constituye el reverso de la escena exhibicionista: en aquella, es el sujeto quien resulta sorprendido por la relación entre los padres, el sujeto está en el lugar traumático, está involucrado de alguna manera y sin saber por qué; en el acto perverso, esto está dado vuelta y revertido hacia el otro, a quien el perverso no le ahorra la vivencia de la angustia.

El sadismo y el masoquismo

El décimo y último punto interroga cómo ocurre esto en las otras variedades de la perversión: el sadismo y el masoquismo. En cuanto a la fenomenología del acto sádico, Lacan la examina en las descripciones que despliega Sade en sus textos. En alguna de las clases anteriores aclaramos

que el concepto de sadismo no refiere a las perversiones personales de Sade sino a la fantasmática desarrollada en su producción literaria. En su vida personal, en la diacronía de su perversión, Sade atraviesa su fantasma, dice Lacan, y llega a ser masoquista, más allá del sadismo. Pero en los textos de Sade se presenta con claridad la estructura del acto sádico. En la concepción del sentido común, aparentemente el sádico goza de su víctima, las fórmulas comunes orientan en este sentido: el sádico goza del cuerpo del otro. Lo que el sádico no sabe es que de ese modo se convierte en un instrumento puro y simple del goce del Otro. Para que esto se haga evidente, además del acto sádico mismo, es útil la contribución de alguien que se dedicó a teorizar esto. Así surge la referencia al marqués de Sade, cuyo valor proviene no tanto de las perversiones de que da cuenta en sus relatos, en este sentido, afirma Lacan, es bastante monótono y aburrido, pero es un gran teorizador. Lo que el texto de Sade permite perfilar perfectamente, dice Lacan, es que, más allá de la víctima, el semejante, el otro con minúscula, el acto sádico también está dirigido al Otro, con mayúscula. En las descripciones de Sade el Otro está representado por el ser supremo en maldad, dios, cuya esencia es maligna.

La teoría sadiana en su reflexión cosmológica determina que el mal forma parte ineludiblemente de la naturaleza, es un mal generador, porque la destrucción es necesaria para la creación. El ser supremo en maldad es creador y disfruta de esa maldad. En relación con él, el sádico aparece como una especie de funcionario a su servicio, es decir, al servicio de un Otro que goza con su acto. En consecuencia, si bien aparentemente el sádico goza de su víctima, en realidad es instrumento del goce del Otro, de este ser supremo, del dios maligno, su fiel servidor, y al cual debe facilitar las vías para la máxima destrucción. Emprende su acto no solo para su propio goce, sino para servir al Otro; el goce que despliega en la escena perversa, en el fantasma que la estructura, lo fundamental es el goce del Otro y el sádico es su instrumento. Lacan delimita esta posición sádica en un prólogo escrito para una edición de *La filosofía en el tocador*, publicado después, en los *Escritos*, con el título "Kant con Sade".

En cuanto a la pareja implicada, la experiencia sádica no apunta tanto a su sufrimiento corporal como a su angustia. Y sobre todo a despojar al sujeto de los significantes de que está revestido, su ruptura con la palabra comprometida, la traición a sus ideales, la caída de lo que creía amar y ser. Es decir, a reducirlo a su división más extrema. Por su parte, el sádico encarna el instrumento, el látigo, sobre todo, la voz que ordena, que impone. Reencontramos, de este modo, la composición de la estructura del fantasma.

En el masoquismo, el sujeto, de manera manifiesta, se hace objeto para

servir de instrumento al goce del Otro; al supuesto goce del Otro, ya que se trata siempre del fantasma escenificado. Por esto, en la que denominé segunda teoría de la perversión, el masoquismo constituye su paradigma, porque es la variedad que más claramente muestra la posición del sujeto en el lugar del objeto. Para su examen, Lacan usa como referencia los textos de Sacher-Masoch. También se guía por los estudios de Deleuze sobre este tema. En *La Venus de las pieles*, encontramos un ejemplo paradigmático de los contratos masoquistas. Porque en el masoquismo, como ya lo vimos desde la *Psychopathia sexualis*, hay convenciones, reglas que deben cumplirse. En el caso de ese texto, Masoch deja constancia de una versión de su contrato con Wanda. En ese contrato el masoquista se ofrece al otro sin límites, se ve muy bien allí la identificación con el objeto porque hay una renuncia explícita a todos sus derechos como sujeto: "En la práctica masoquista, es allí que les es dada propiamente la verdad, en tanto que el masoquista para obtener un goce en el único rincón en que es asible, que es el objeto (a), se libra deliberadamente a una identificación con ese objeto rechazado. El es menos que nada, menos incluso que el animal que se maltrata, está destituido por contrato de los privilegios de su función de sujeto", no es más que el objeto que debe estar continuamente a disposición del goce del otro. Si leen el contrato con Wanda, tendrán una descripción de lo que es exactamente la perversión masoquista, cómo el sujeto está en el lugar del objeto para satisfacer el goce del otro: "Mi poder sobre ti no ha de tener límites. Piensa que no vas a ser más que un perro, una cosa inerte, juguete que puedo romper cuando me divierta. Tu eres nada y yo soy todo." (46)

Pero debe verse también, no olvidar, que en última instancia el goce perverso es fantasmático. El otro tiene que hacer todas esas maniobras, y el contrato le impone condiciones: "Por su parte, la señora Dunaeiw se obliga a comparecer vestida de pieles con la mayor frecuencia ante su esclavo, incluso cuando se muestre cruel para con él." (Ibid.) Cabe preguntarse, viendo la cosa un poco desde afuera, quién es el amo. Están las dos categorías, la de amo y esclavo, distribuidas en los dos personajes de la escena según las cláusulas del contrato. El masoquista hará de esclavo, y el otro puede disponer de él como amo absoluto. Pero, en definitiva, ¿quién es el amo? El pobre sujeto que hace de amo, en este caso la mujer, Wanda, a quien le toca el papel de victimaria del masoquista, debe hacer todo exactamente como lo estipula el contrato, redactado por el masoquista, es decir, como él lo ha prescripto, y si no es exactamente así, no sirve. No parece ser un papel muy cómodo, y se ve bien que se trata de jugar un personaje que es amo solo en el registro del guión que la ficción escenifica.

Resulta claro que esa práctica es un dispositivo teatral, es decir, fantasmático, donde la satisfacción del masoquista se produce cuando aparece el gesto de goce en el otro, a su vez como signo del goce del Otro. Pero ese goce está en el fantasma del perverso, no necesariamente en el otro. No siempre ocurre que este otro real, el que cumple el papel de amo para el masoquista, realmente goce. Conviene disolver la idea común, muchas veces transmitida también por chistes, de que la pareja del masoquista es un sádico. Como lo muestran bien los estudios de Deleuze, no hay complementariedad entre sadismo y masoquismo. En este sentido, como disponemos también de las *Memorias* de su mujer y no solamente de los escritos de Masoch, es interesante que ella afirma que todo eso no le resultaba muy placentero, o disculpase. Pero lo que importa es que el goce del Otro, en última instancia es problemático, es fantasmático, pero el perverso cree en él, es un creyente, es un cruzado. En oposición al neurótico, del que decíamos que el deseo tiene la función de defensa contra el goce, en el perverso el deseo se hace voluntad de goce. En ambos casos hay que añadir: según el fantasma. Lacan dice que el neurótico se desea deseante, es una manera de burlarse de lo que es el deseo del neurótico, que quiere creer que es un hombre de deseo.

Hay una fórmula que opone perversión y neurosis y muestra la posición del sujeto en una y otra estructura:

“El perverso se imagina ser el Otro para asegurar su goce, el neurótico se imagina que es un perverso para garantizarse al Otro.”

(26)

El perverso sabe de las limitaciones del otro, de sus carencias, usa sus recursos para ponerse en su lugar e identificarse imaginariamente con el otro para así guiarse en la elección y en el ritmo de los pasos de su acto. Para asegurarse *su goce*, la expresión acá es ambigua, el goce de él pero también para asegurarse el goce del Otro. El neurótico, por su parte, se imagina ser un perverso, el ideal de un neurótico es la perversión, sostiene Lacan, a los neuróticos les encanta creer que son perversos. Es lo que nunca van a ser, solo un poco, si llevan su análisis hasta el final. Aun así, por lo general, solo un poco. Mientras imaginan ser perversos y cultivan fantasías perversas, lo que verdaderamente les interesa es garantizarse el Otro, asegurarse que existe. Hay otra formulita que muestra que hay una continuidad en la elaboración de Lacan en este punto, del *Seminario 22*, y dice algo que no es muy diferente: una neurosis es una perversión fallida. Esta es la lectura que

hace Lacan de la neurosis como negativo de la perversión: una neurosis es una perversión fallida.

Finalmente, ¿por qué el perverso es un cruzado? Hasta aquí pudimos presentarlo como un creyente, cree firmemente que este goce del Otro existe y que es recuperable. ¿Por qué un cruzado? Se trata no solo de creer sino de hacer de su creencia además una causa. Los cruzados no solo eran hombres de fe sino que hicieron de ella una causa, la de ir a Tierra Santa para recuperar el Santo Sepulcro. Me parece que así puede leerse la frase "no solo es un creyente, sino que además es un cruzado". El cruzado no se conforma con la creencia sino que hace de ella una causa para demostrar que el goce del otro existe. Pero hacer de la creencia una causa, de esto podrían darse ejemplos muy variados, ¿por qué cruzado? Creo que la referencia apunta a la misión de rescatar el Santo Sepulcro. En definitiva, el Santo Sepulcro es un lugar vacío, ahí no hay nada. Ni siquiera un cuerpo muerto, el cadáver, lo que queda de un viviente cuando dejó de serlo, los despojos, como se dice. Pero el cuerpo en el sentido psicoanalítico, lo vimos en nuestro conjunto introductorio, es siempre muerto, constituir el cuerpo es vaciarlo de goce. Ser un cruzado es asumir la misión de animar, de recuperar el goce para ese cuerpo inerte, creer que allí donde no hay nada, algo resucitó, y dedicarse a hacerlo existir. Me parece que así debe entenderse la fórmula de que el perverso es un cruzado: es un fanático que imagina el goce hasta en los muertos. Devolverle el goce a un cuerpo que fue vaciado de él, o hacer existir algo cuando no hay nada más que un vacío.

En cuanto a la relación con el curso de un análisis, aunque en varios sentidos puede decirse que la cura de un neurótico progresa en la dirección de la perversión, nunca terminará por tornar perverso a un neurótico. Pero si el análisis de un neurótico llega hasta el final, hay un más allá de la neurosis que, aunque no es una perversión, implica el acceso a un goce hasta entonces suprimido. En cuanto al deseo del analista, podrían destacarse también muchas analogías con el deseo perverso. El analista ocupa la posición de objeto para el analizante y desde esa función es fuente de angustia, entre otras cosas (34). Pero esta similitud no hace más que destacar la diferencia, como el reverso de la estructura perversa. El analista ni es creyente, ni instrumento del goce. No es este el lugar para desarrollar este tema, solo para dejarlo indicado.

Síntesis y conclusiones

Hemos llegado al final de nuestro recorrido. Planteamos, en primer

término, las dificultades del tema. Sin duda este seminario no alcanza la simplicidad y claridad que siempre intentamos mantener en la cátedra de Psicopatología y que hemos logrado en otras publicaciones, en parte, como consecuencia de esas dificultades; probablemente, además, por una insuficiente elaboración del tema. Los otros conjuntos temáticos abordan cuestiones de neurosis y la psicosis que, aun con fuertes discrepancias, ostentan un cierto consenso, por lo menos entre los psicoanalistas de una misma orientación. En el caso de la perversión, me he encontrado en la posición de diferir aun con los psicoanalistas lacanianos con que habitualmente comparto la lectura de Lacan, y, en consecuencia, me ví obligado a expresar opiniones y proponer hipótesis no desarrolladas previamente.

En un segundo paso, exploramos algunos textos de la época de Freud para conocer el terreno a partir del cual comenzó su elaboración. Despertó cierta sorpresa saber hasta qué punto varias de las fórmulas freudianas tomaban sus antecedentes y, muchas veces, los términos mismos, del saber formulado por la psiquiatría que lo precedió. Cabe destacar las tesis sobre el carácter fetichista de la sexualidad humana y las finas descripciones de los fantasmas masoquistas que muestran una clínica que, lejos de limitarse a la mirada, asumió una posición de sumisión al discurso del sujeto.

En la parte central de nuestro trabajo, delimitamos la operación freudiana fundamental al generalizar el concepto de perversión hasta convertirlo en un rasgo estructural de la sexualidad en el hombre. Además, revisamos distintos textos que nos permitieron verificar que no existe en Freud el concepto de perversión como categoría clínica opuesta a la neurosis y la psicosis, y que este ha sido construido por Lacan a lo largo de una prolongada elaboración.

En cuanto a esta última, primero examinamos el concepto, nuevo, que denominé perversión normalizadora. Y el último capítulo fue dedicado a bosquejar la trayectoria y los hitos principales de la construcción del concepto lacaniano de perversión como estructura subjetiva, el cual pone en primer plano la relación con el partenaire: el otro y el Otro, la estructura del fantasma, la acentuación de la función del goce, y la identificación del sujeto con el objeto como modo de recuperación del goce del Otro. De esta manera creo haber reunido diferentes y claros argumentos para mostrar cómo Lacan funda la oposición neurosis - perversión y la constitución de esta última como categoría clínica autónoma.

9. TEXTOS CITADOS Y BIBLIOGRAFÍA

Obras psiquiátricas

1. Binet, A. (1887) *Le fétichisme dans l'amour*. Documents de la Bibliothèque de l'Ecole de la Cause freudienne, n°4, París, 1994.
2. Ellis, H. (1913) *Estudios de psicología sexual*. Hijos de Reus, Madrid, 1913.
3. Ellis, H. *Sur le mécanisme des déviations sexuelles*. Analytica 62, Navarin, París, 1990.
4. Krafft-Ebing, R. *Psychopathia sexualis (Étude médico-légale)*, Masson, París, 1895.
5. Tamowsky, B. *El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas*. Sucesores de Manuel Soler, Barcelona, 1905.

Obras de Freud

6. Freud, S. (1905) "Tres ensayos sobre una teoría sexual". En *Obras Completas*, Amorrortu, 1988, vol. VII.
7. Freud, S. (1910) "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", en *Obras Completas*, Amorrortu, 1988, vol. XI.
8. Freud, S. (1910) "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)", en *Obras Completas*, Amorrortu, 1988, vol. XI.
9. Freud, S. (1912) "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)", en *Obras Completas*, Amorrortu, 1988, vol. XI.
10. Freud, S. (1915) "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1988, vol. XIV.
11. Freud, S. (1918 [1917]) "El tabú de la virginidad (Contribuciones a la psicología del amor, III)", en *Obras Completas*, Amorrortu, 1988, vol. XI.
12. Freud, S. (1919) "Pegan a un niño". Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales", en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1988, vol. XVII.